

# HARO TEGLEN

## VEINTE AÑOS PARA NADA

«Los hombres no siempre son buenos», dice René Cassin. Acaba de recibir el Premio Nobel de la Paz, que durante dos años se había declarado desierto, como un símbolo de que la paz, hoy, es un desierto. En 1965 lo recibió el organismo de ayuda a la infancia de la O.N.U., y en 1964 se le otorgó a Martín Lutero King, asesinado este año. René Cassin es un jurista francés que ha dedicado los veinte últimos años de su vida —tiene ahora ochenta y uno— a la defensa de los llamados derechos del hombre. El hecho de que en el mes de diciembre se conmemoró el veinte aniversario de la Declaración de Derechos Humanos por las Naciones Unidas tiene sin duda relación con la persona designada por el jurado de Estocolmo, que la ha preferido a nombres tan llamativos como el de U Thant, el de Danilo Dolci —el «no violento» italiano a quien Huxley llamaba «el nuevo Gandhi» o el «San Francisco moderno», que tiene ya el Premio Lenin de la Paz— o al indio Vinoba Bhava —otro «no violento», otro llamado «hijo de Gandhi»— y trata de llamar la atención sobre la necesidad de reforzar los derechos del hombre. Las noticias que aparecen en los periódicos del mismo día en que Cassin —y, con su nombre, los derechos humanos— recibió el Premio Nobel de la Paz son netamente contradictorias.

En ese mismo día se anunciaba la ejecución sumaria de Mulele en el Congo. Mulele, compañero de Lumumba, antiguo ministro de Educación, guerrillero contra Chombé, se había entregado voluntariamente cuando podía haber vivido en el exilio, y se había acogido a una amnistía. «No hay amnistía para los criminales de guerra», ha dicho Mobutu. Un tribunal le ha condenado velozmente a muerte, Mobutu no ha firmado el indulto y unas horas después era ejecutado. En ese mismo día se publicaba el balance de muertos en la guerra del Vietnam desde 1961, según las estadísticas unilaterales de Estados Unidos: 28.548 americanos, 95.000 vietnamitas del gobierno de Saigón, 400.000 vietnamitas del F.N.L. Era el mismo día en que en Moscú se iniciaba el proceso contra cinco intelectuales, entre ellos Pavel Litvinov —el hijo de aquel Litvinov cuya diplomacia contribuyó tanto al final del aislamiento de la U.R.S.S. en los años anteriores a la guerra— y Larisa Daniel, la esposa del novelista que purga ya una sentencia por inconformismo. Pocos días después, el tribunal decidía penas graves para los encartados, que habían manifestado su desaprobación con la invasión de Checoslovaquia. En ese mismo día, Dean Rusk iniciaba negociaciones con Israel para venderle aviones de combate americanos, Francia enviaba armas a Biafra, donde siguen muriendo de hambre de ocho a diez mil personas al día. El candidato demócrata a la vicepresidencia de los Estados Unidos acusaba al candidato conservador a la presidencia, Wallace, de llevar a las elecciones la voluntad de «supermatar» —«overkill»—, de practicar una «filosofía de la violencia», mientras Wallace sigue subiendo en las puntuaciones previas a las ya inmediatas elecciones. Y el Senado americano aprobaba ciertas limitaciones a la venta pública de armas, pero sospechaba que esas limitaciones serían barridas por la Cámara de Representantes, dominada por el «lobby» —grupo de presión— de los vendedores de armas.

Mientras todo esto ocurría en el mundo, el octogenario Cassin paseaba al sol de octubre en ese pequeño fragmento provincial en medio de París que es la Isla de San Luis, escoltado por los periodistas, y explicaba que no siempre los hombres son buenos. Esto ocurre, explicaba, porque hay unas condiciones que se lo impiden. Debemos trabajar para modificar esas condiciones. «La paz es algo lejano, requiere mucho esfuerzo. Los hombres de buena voluntad no existen en todas partes. Hay muchos que quieren obtener ventajas para sí mismos antes de hacer la paz. Pero la paz no depende sólo de los hombres. Depende de las estructuras de los gobiernos».

La Declaración de Derechos Humanos va a cumplir veinte años el 20 de diciembre, el mismo día en que Cassin reciba de manos del Rey de Suecia el Premio Nobel. Cassin fue el presidente adjunto de la comisión que tardó tres años en elaborarla a medias —la mayor parte de sus instrumentos están aún sin redactar— y no creo que la contemplación de los veinte años transcurridos desde aquel momento que se consideró como el principio de una era le permita ningún optimismo. «Mientras se pueda violar impunemente uno solo de los derechos de uno solo de los hombres, la Declaración de las Naciones Unidas nos acusará a todos de cobardía, de lentitud, de pereza; nos recordará que estamos faltos de humanidad. Mientras la mayor parte del género humano viva en el hambre y en la injusticia para morir en la miseria y en la ignorancia, el documento que ha sido adoptado en París continuará presentándose ante nosotros como un objetivo aún lejano». Estas fueron las palabras de Jaime Torres Bodet —entonces director general de la U.N.E.S.C.O.— cuando se firmó el documento. Conviene recordarlas ahora para dar mayor valor de permanencia a la acusación.

Conviene agitar continuamente el texto de la Declaración, como muchos ciudadanos de los Estados Unidos han decidido repartir y difundir el texto de la declaración de independencia de su país, que tiene ahora casi doscientos años, simplemente para explicar que hoy puede llamarse progresismo a dar un salto atrás, a pedir simplemente que lo que Cassin llama «las estructuras de los gobiernos» se atengan a sus propias declaraciones, a sus propios documentos, a los textos que ellos mismos han redactado, promulgado, ratificado.

Veinte años para nada. Veinte años —el tiempo de una juventud— que, si se pudiera, habría que borrar de los libros de historia. La noche del 20 de diciembre en París, una noche glacial, iluminada ya por las fiestas de fin de año, parecía cargada de promesas. Los delegados de todos los países del mundo votaron por unanimidad. Excepto ocho, que se reservaron el papel de aguafiestas, los ocho votantes comunistas para quienes los principios de la Declaración no eran malos pero, dijeron, «son utópicos en tanto que exista la propiedad privada de los medios de producción y, por lo tanto, sean inalcanzables en los países capitalistas».

Otros pactos, otros documentos, otros términos, han sido violados, olvidados y desdeñados en estos veinte años. Los conceptos de genocidio, las nociones de crímenes de guerra y de crímenes contra la Humanidad, emanados de las doctrinas jurídicas de Nuremberg; la igualdad entre naciones y razas, brotados de los puntos de Bandung tan difícilmente elaborados por lo que se llamó el «Tercer mundo»; la misma esencia de las Naciones Unidas, cuya XX Asamblea General que se está celebrando en Nueva York margina los grandes problemas del mundo, sin más que algunas alusiones oratorias, y sirve apenas para que en sus pasillos se encuentren y discutan de sus asuntos algunos de los grandes de este mundo.

El Premio Nobel concedido a los derechos humanos a través de uno de sus más sencillos servidores y, digámoslo, a uno de sus más conformistas servidores —Francia, cuyos intereses ha representado siempre, no ha tenido gran interés gubernamental en la aplicación total de los derechos: país firmante, aún no ha ratificado la Convención, y los numerosos esfuerzos realizados privada y públicamente para que la Asamblea reciba el proyecto de ley de ratificación no han recibido respuesta— puede entenderse como un estímulo a que el ya viejo documento, ya sobrepasado por muchos conceptos nuevos que irrumpen en la vía pública, sirva de agitación. Si se entiende como consagración, como premio a la existencia de los Derechos del Hombre, no será más que una burla más de las que es continuo objeto este conjunto de hombres y mujeres que llamamos enfáticamente la Humanidad.